

EL PSICOANALISIS, LAS CIENCIAS SOCIALES Y
EL MUNDO POPULAR

De regreso al Perú, después de una prolongada estadía en Europa, César Rodríguez Rabanal se propuso llevar el Psicoanálisis a los sectores populares y, de otro lado, hacerlo dialogar con las Ciencias Sociales. El ensayo implicaba romper con un doble encierro. Primero, la reclusión del Psicoanálisis a los sectores altos y medios y, segundo, su enclaustramiento en la comunidad psicoanalítica. Es evidente que el ensayo mismo implicó de por sí una gran confianza en las posibilidades del Psicoanálisis.

Cicatrices de la pobreza¹⁾ constituye, por decirlo así, la primera culminación de una actividad múltiple. Todo empezó con la obtención de un financiamiento que hizo posible constituir un equipo de psicólogos.²⁾ Acto seguido se seleccionó un pueblo joven donde se habría de ofrecer los servicios terapéuticos. Ganarse la confianza de los dirigentes y estrechar relaciones con la población fue un proceso largo, difícil y nunca del todo concluido. Los referentes en base a los cuales los pobladores podían tratar de entender la propuesta psicoanalítica están bastante lejos del modelo freudiano. El sacerdote, el curandero, el médico, son figuras conocidas, pero con métodos y objetivos muy diferentes. Su eficacia, además, radica en principios totalmente distintos; no se trata de adentrarse en la interioridad de un individuo para descubrir juntos, terapeuta y paciente, su verdad; lo que se pretende es un alivio inmediato mediante la adecuación del individuo a las normas y valores del grupo.

Pero el entusiasmo pudo finalmente más que la incomprensión y las suspicacias, de manera que el equipo permaneció cuatro años en la población. Todas las tardes, de lunes a viernes, entre las 2 y 6 horas, atendían en un precario consultorio. La construcción se levantaba sobre un lote cedido exprofeso por los pobladores. Después de cada sesión terapéutica, fuera ésta individual o de grupo, los miembros del equipo anotaban los diversos diálogos y eventos que les parecían significativos. Los protocolos resultantes eran luego analizados, colectivamente, en la Universidad Católica, institución que acogió el proyecto. A las sesiones de supervisión³⁾ fueron invitados historiadores, sociólogos, antropólogos. Se esperaba que ellos contribuyeran, en base a su

experiencia y formación profesional, con hipótesis e interpretaciones. También, -un beneficio secundario- que asimilaban los principios de la interpretación psicoanalítica. Si me refiero a lo que puede llamarse "historia interna" del texto, es para resaltar la amplitud de su base empírica, hecho que quizá no está lo suficientemente remarcado en el propio libro. En efecto, calcúlese la cantidad de protocolos que pueden haber producido cinco analistas trabajando a medio tiempo durante cerca de cuatro años. Añádase que cada sesión era luego supervisada. Se tendrá así una idea aproximada de la riqueza de "material", de datos e interpretaciones, que el equipo de César Rodríguez logró acumular en los cuatro años que duró su labor.

Se trataba, en última instancia, de producir un panorama del mundo interior de los pobres, de acercarse a ellos para conocer sus deseos y temores, sus angustias y conflictos. Todo ello desde una perspectiva que, en el estudio de la singularidad de cada individuo, tratara de identificar lo típico, lo que puede considerarse como resultado de acontecimientos y estructuras comunes a una población caracterizada por una pobreza extrema y por raíces fundamentalmente andinas. Este proceso de conocimiento es concebido además como autoreconocimiento. Se trata, para César Rodríguez, no sólo de estudiar un objeto externo sino también de analizarse a sí mismo, a las propias reacciones frente a los pobladores, a separar en esas reacciones, como aconsejaba Devereux 4), lo que es propio y lo que es ajeno. El texto va pues más allá de su objeto, apunta también a reconstruir y analizar las relaciones entre terapeutas de clase media y pobladores de clase popular. Y es que el equipo entendió su tarea no sólo como producir conocimientos, sino de acuerdo a la ortodoxia psicoanalítica, como terapia, como intento de producir alivio o curación de síntomas que implican sufrimiento. El tratar de hacer compatibles las metas cognitivas con las terapéuticas es una tarea difícil y delicada. Leyendo a Freud se tiene la impresión que a él le importaba más lo que podía aprender del paciente que los beneficios que podía reportarle. Se plantea aquí, en forma especialmente aguda, un problema común a casi toda relación entre investigador e investigado. ¿Qué puede dar el primero a cambio de la información que le proporciona el segundo? Claro, en teoría, las metas cognitivas son interdependientes de las terapéuticas. Digamos, por ejemplo, "recordar para no repetir". Pero, en realidad, las cosas no son tan sencillas, en especial cuando la relación vincula a personas de diferentes culturas y niveles sociales. Sucede que los obstáculos a la comunicación se multiplican y el intento de armonizar los fines terapéuticos con los cognitivos se hace especialmente arduo. Después de leer el libro se tiene la sensación de que el Psicoanálisis, pese a la buena voluntad y gran esfuerzo de los terapeutas,

ha servido más como herramienta de conocimiento que como medio de cura de angustias y conflictos. Muchos, la mayoría, de los procesos terapéuticos quedan bruscamente interrumpidos a poco de iniciados y los que duran más tienen resultados poco contundentes.

En el libro encontramos tres tipos de enunciados. El primero se ubica a un nivel teórico-metodológico y se encuentra sobre todo en la introducción. Se trata de una exposición de los fundamentos de la hermenéutica psicoanalítica. Introducción que acaso fuera innecesaria de no ser por la peculiar claridad y concisión lograda por César Rodríguez. Tal transparencia deja ver un proceso de apropiación y recreación del método que es sin duda resultado de una labor de muchos años. Esta introducción, me parece, constituye de por sí una valiosa síntesis, un logrado "credo psicoanalítico".

El segundo tipo de enunciados corresponde a las hipótesis interpretativas. Se trata de formulaciones que vienen a condensar una gran cantidad de observaciones. Son generalizaciones surgidas del análisis de diferentes casos y se ubican, sobre todo, en las partes iniciales de los capítulos, como suerte de introducción y conclusiones del material que se presenta después. Es a este nivel que se sitúan las hipótesis fundamentales que luego discutiremos. Finalmente, el tercer tipo de enunciados está constituido por afirmaciones en torno a casos concretos. En cada capítulo, después de la presentación del tema respectivo, se ilustra las hipótesis generales con el análisis detenido de algunos casos significativos, postulados como ejemplares. Los exámenes de caso suelen ser sugerentes y detallados. A veces, incluso, tan minuciosos que se convierten en fines en ellos mismos, y no tanto en medios de ilustrar afirmaciones de más alcance.

Todos los temas abordados en el texto son de mucho interés. Eso está fuera de discusión. No obstante, lo que no llega a justificarse es la selección de temas. ¿Por qué el texto se ocupa de algunos aspectos y no de otros? ¿Hau alguna estrategia implícita en la selección de los temas o se trata de una sucesión de monografías relativamente independientes entre sí? Es conveniente hacer un listado de los temas abordados.

1. En el primer capítulo, "Los inicios", se trata de reconstruir el "mundo externo", la historia del pueblo joven y los antecedentes de la relación entre los pobladores y los terapeutas.

2. En el segundo, "Indigencia material y pobreza psíquica", se examina el conjunto de restricciones que impone la pobreza. Se analiza su significado en la socialización de los niños, en el proceso de formación del yo.

3. En el tercero, "La metodología psicoanalítica como modelo de relación interhumana", se contrasta la dinámica de la relación terapéutica en el mundo popular -sus peculiaridades- respecto a lo que ocurre o debería ocurrir en los sectores medios.

4. En el cuarto, "Resistencias al cambio", se examina la forma en que los pobladores entienden el cambio. Lo desean y esperan, pero también lo temen y resisten.

5. En el quinto, "Idea y fantasías inconscientes respecto a la educación", se explora el significado que para los pobladores tiene el estudio.

6. En el sexto, "el procesamiento de la ayuda externa", se trata de analizar los modelos de relación que los pobladores han cristalizado respecto a los agentes externos, sean organismos públicos o centros no gubernamentales.

7. De la relación de temas presentados puede deducirse que el texto no apunta a una reconstrucción sistemática del "mundo inter" en los sectores populares. Se ha optado por una perspectiva menos integradora, donde, por tanto, cada capítulo resulta bastante autónomo. El costo de esta opción es que las partes son más interesantes que el todo. Es decir, no se llega a desarrollar una visión de conjunto que logre hilvanar todos los temas tratados. Los capítulos deben entenderse entonces más como aproximaciones monográficas que como hipótesis de un argumento global. Esto significa que, sea virtud o defecto, no hay una hipótesis central. Hay, en cambio, muchas ideas de interés considerable.

Por supuesto que escapa al presente comentario el hacer un recuento de estas ideas. Lo que sí trataré de hacer es presentar algunas de ellas comentando su significación desde el punto de vista de las Ciencias Sociales, mencionando para ello el reciente debate que en el interior de estas disciplinas se desarrolla sobre la mentalidad popular urbana.

Una de las ideas que quisiéramos comentar se refiere a los patrones de socialización en el mundo popular y a los efectos de este proceso sobre el desarrollo de la personalidad. Según el autor, "la relación adulto niño poco empática acentúa la asimetría en la misma, contribuyendo a producir en los niños un sentimiento de infravaloración y de permutabilidad, en donde cada niño es equivalente a otro, donde lo específicamente suyo no es reconocido y donde para hacerlo necesita someterse a las exigencias que los adultos le imponen." (p. 39) Surge así el "niño adulto", "... estancado en niveles muy primitivos, y parece agotar sus potenciales de energía psíquica en el desarrollo de estrategias de supervivencia." (p. 229)

La precocidad del "niño adulto" no resulta de un proceso natural de maduración sino del intento desesperado por adaptarse, lo más pronto posible, a un entorno hostil y amenazante. Pero el éxito es aparente y los costos son muy altos. La capacidad de elaboración, de dar orden y sentido a los deseos del mundo interno y a los acontecimientos del externo, es muy reducida. Estas dificultades tienen que ver con el desprestigio del juego y la sobreexigencia de los adultos. Lo lúdico es asimilado a lo inútil y se espera que el niño se convierta muy pronto en una ayuda eficaz, sea en las labores familiares o a través del trabajo, en la financiación del presupuesto familiar.

La violencia en la familia y otros acontecimientos traumáticos (muerte de hermanitos, rupturas y abandonos, necesidades básicas no cubiertas) juegan en el mismo sentido. Finalmente se tiene que: "la distancia entre el conflicto intrapsíquico y la conducta actual es pequeña. En el proceso terapéutico los niños actúan de manera inmediata sus conflictos y ponen de manifiesto la fragilidad yoica". (p. 78) En definitiva, los niños carecen de "objetos internos fiables", lo que dificulta o hace imposible "la postergación de la satisfacción de los impulsos instintivos".

Más tarde estos niños se convertirán en adultos que difícilmente podrán desarrollar metas y planes de largo plazo. Su energía se agota en la estricta sobrevivencia, en esquemas defensivos que permiten la reproducción simple de una existencia sin mayores ilusiones. La persona no llega a convertirse en protagonista de su propia vida. Empujado por los acontecimientos, arrinconado por desafíos que sobrepasan su capacidad de respuesta, sólo atina a defenderse, a sobrevivir a duras penas.

César Rodríguez traza un panorama sombrío de la socialización en el mundo popular: "Las condiciones de vida signadas por la pobreza y sucesivos traumas son el caldo de cultivo en que germinan personalidades que recurren tempranamente al desarrollo de estrategias de supervivencia... Estas parecen configurar una suerte de carácter del poblador peruano de los sectores populares actuales ... la generalización cada vez mayor de estos rasgos de personalidad, dificulta el reconocimiento de sus orígenes defensivos. Sobrevivir en tales condiciones de pobreza significa no poder asumir la sobrecarga de tensión psíquica que ello implica. Los intentos de elaboración de los factores perturbadores procedente del mundo interno y externo fracasan, limitando las posibilidades de creatividad, autonomía e iniciativa personal". (p. 40)

Puede que el panorama sea demasiado sombrío. De hecho en el propio texto se ofrecen reservas y matices que apuntan a una imagen diferente que aunque no llega a fijarse sí es por lo menos insinuada. Veamos dos ejemplos: 1) Después de una concurrencia sostenida a un grupo terapéutico, los niños participantes tienen una "mayor capacidad de contención de los

impulsos" y una más amplia "capacidad de expresión verbal".
 2) Un grupo de señoras experimenta también logros análogos. En vez de dejar pasar el tiempo a la espera de soluciones milagrosas, optan por buscar las opciones de cambio dentro de sus propias circunstancias. La relación con los hijos mejora y pareciera consolidarse una actitud más realista y positiva hacia el futuro. Aunque este incremento de las "facultades yóicas" es juzgado como precario, es de todas maneras un hecho esperanzador que requeriría ser explicado y fomentado.

Pero las dos partes donde se mencionan y analizan estos avances (p. 88 y p. 183) están como desgajadas del texto, de modo que aparecen como resultados sorprendidos, no anticipados, tampoco recogidos en las conclusiones. Presentados finalmente como tan frágiles como para no acreditar su inclusión en la síntesis final. No obstante, el hecho de que estas mejoras pudieran darse, significa que no todo en la socialización popular es trauma y carencia, que tiene que haber relaciones mínimamente satisfactorias sobre las que es posible el desarrollo, el "incremento de las facultades yóicas".

La pregunta que surge es entonces: ¿por qué estos aspectos "sanos y positivos" son subestimados? Se pueden avanzar varias hipótesis. Quizá la más sugerente sea que desde una perspectiva de clase media (como la de los terapeutas) llama la atención sobre todo la violencia y el autoritarismo en la familia popular, el poco prestigio y la posición subordinada del niño; hechos muy diferentes a los que caracterizan el entorno familiar y social de la clase media. Tampoco se ha tomado en cuenta la existencia en las clases populares de una cultura que prepara a los niños a una vida de sufrimiento y privaciones. Volveremos sobre este punto.

Una segunda idea que quisiéramos presentar se refiere a las "resistencias al cambio", a la presencia de una actitud conformista, cuando no simplemente desidiosa en la mentalidad popular. Es evidente que este tema se conecta con el anterior. La incapacidad o dificultad para asumir el futuro como espacio de construcción de un proyecto personal tiene que ver con el predominio de las "estrategias de sobrevivencia", que caracteriza primero al niño sin fantasía y luego al adulto sin perspectiva.

El análisis de diversos casos ilustra algunas hipótesis fundamentales que pasamos a reproducir: 1. Por lo general, el cambio es vivido "como una imposición" (p. 143) como resultado de factores externos no controlables. Lejos de generar sentimientos optimistas, la misma idea de cambio, al no estar asociada a una decisión propia, genera "angustias y sensaciones de inestabilidad". Moviliza "vivencias infantiles" de precariedad, de estar inerme frente a fuerzas incontrolables

o impredecibles. 3. En todo caso, el cambio es imaginado como un sueño (lotería) o como el resultado de la acción de fuerzas sobrenaturales. 4. De lo anterior se desprende entonces que lo mejor es "no arriesgar", contentarse con poco y no ambicionar mucho, pues es seguro que el fracaso y la desilusión serían el resultado. 5) En este contexto de inseguridad y desconfianza, de temor por el futuro, el cambio puede ser imaginado como el regreso a un pasado que es mitificado, vaciado de su realidad, para convertirse en una suerte de paraíso perdido al que acaso, de una manera misteriosa, se puede regresar.

Como en el tema anterior, pienso que también en éste se acentúan los tonos oscuros, de modo que se produce una imagen que siendo muy real es quizás excesivamente pesimista. Si nos basáramos exclusivamente en ella, mal podríamos entender el espíritu de progreso que marca mucho del mundo popular.

Quisiera, finalmente, presentar otro de los temas trabajados por César Rodríguez: las relaciones entre gentes de clase media, los terapeutas, y gentes de clase popular, los pobladores. Se trata de una de las partes más sugerentes del libro. Sucede que en estas relaciones, junto al diálogo abierto y explícito, se produce, en forma paralela, una agitada comunicación implícita, a veces inconsciente, donde cada parte proyecta sus fantasías, por lo general diversas y ambivalentes, sobre la otra. No se trata de una comunicación personal, donde las expectativas sobre el otro correspondan al conocimiento que tengamos de él. Las expectativas obedecen a estereotipos que tienen poco que ver con la realidad específica del otro, pero que dificultan o impiden la relación.

Los pobladores ven en los terapeutas (en general en todos los "agentes del desarrollo"), "figuras ambivalentes", hecho que produce desconcierto. "De un lado redentores, salvadores, personajes idealizados; de otro espías de los antiguos propietarios o, en general, representantes del mundo hostil de la gran ciudad". (p. 229) La tradición asistencialista, la expectativa de obtener algo a cambio de nada se entrecruzan con el resentimiento y la desconfianza de forma de producir estrategias demandantes y manipulatorias, a la que subyacen, sin embargo, sentimientos de dependencia y baja autoestima que el éxito de estas estrategias seguramente reproducen. Otras veces los pobladores imaginan que los beneficios recibidos vienen a representar una suerte de "apaciguamiento". "Los que tienen plata y poder vendrían a entregarles un poco de su riqueza, pero movidos por el miedo a que se la quiten. Los terapeutas, representantes del grupo poderoso, blanco y rico, estarían entonces beneficiándose al eliminar la envidia y la necesidad de venganza de los pobres, porque eso les permitiría disfrutar con tranquilidad de sus riquezas". (p. 131)

Por el lado de los terapeutas, el asunto es igualmente complejo. Por lo general, el contacto con la miseria es angustiante y cuestionador. Más aún si este contacto es permanente y si, sobre todo, se ofrece una propuesta que como la psicoanalítica está tan lejos de satisfacer las necesidades básicas de una población tan llena de carencias. Sentimientos de temor, culpa y desprecio parecen haber alternado con el ánimo de los terapeutas, sentimientos asociados a ciertas representaciones del mundo popular: víctimas, delincuentes, personas sufridas.

César Rodríguez, dirigiendo un calificado equipo de psicólogos, exploró, usando el Psicoanálisis como guía, el vasto mundo de lo que puede llamarse la subjetividad popular. Los primeros resultados de sus investigaciones son valiosos y prometedores. Aunque el texto Cicatrices de la pobreza asuma la forma de una sucesión de monografías sobre temas claves, es muy claro que el conjunto de ellas ofrece o sugiere un panorama coherente. La figura dominante en los sectores populares sería la del "sobreviviente", la persona cuyo esfuerzo se agota en el mantenimiento de una situación en extremo precaria, que carece de un horizonte de metas factibles de largo plazo o que no llega a tener la eficacia vital para implementarlas. Tiende a la conformidad y al fatalismo. La vida le ha enseñado que controlar el destino es muy difícil o imposible, y que puede haber más sabiduría en la resignación que en una agitación sin perspectivas. Digamos que las cosas que no tienen solución no son problema. Esa es su consigna vital. Frente a las personas de clase media reacciona con ideas y sentimientos encontrados. Odio y envidia, admiración y esperanza. Por supuesto que este personaje es el resultado de una socialización y una cultura muy definidas. Abundan en su vida sucesos traumáticos muy difíciles de elaborar, y en el universo de valores en los que se ha criado, la niñez representa una etapa de la vida muy poco prestigiosa.

La investigación de César Rodríguez se convirtió en el espacio donde dialogaron el Psicoanálisis y las Ciencias Sociales. Diálogo difícil, sin guión ni metas fijas. Impulsado más por intuiciones que por certidumbres, más exploratorio y espontáneo que institucionalizado y definitivo.

¿Qué significan estas ideas desde el punto de vista de las Ciencias Sociales? ¿En qué medida enriquecen o contradicen la perspectiva y hallazgos de estas disciplinas? Por supuesto que vale también la pregunta inversa: ¿hasta qué punto las hipótesis formuladas desde las Ciencias Sociales contribuyen a desarrollar o matizar las ideas producidas por la aproximación psicoanalítica de César Rodríguez?

Para intentar responder a estas preguntas tenemos que empezar por reconstruir las hipótesis formuladas desde las Ciencias Sociales sobre los temas analizados por César Rodríguez. Para ello tomaremos en cuenta sólo los desarrollos más recientes.

La mentalidad popular se ha convertido recientemente en un tema de moda. El interés emerge de la declinación del economicismo y de la reivindicación de la importancia de la cultura como fuerza condicionante de personalidades y comportamientos individuales y colectivos. Sea como fuere, con mayor o menor evidencia empírica, tenemos los siguientes puntos de vista:

1. El "protagonismo popular" representa no sólo una idea de lo que es el mundo de los de abajo, es también una apuesta política de inspiración religiosa y motivaciones humanistas. En nuestro medio ella está asociada a la Teología de la Liberación y a las figuras de Gustavo Gutiérrez, Rolando Ames y Miguel Acuña, por no mencionar sino los nombres más conocidos. Desde el punto de vista académico, Teresa Tovar sería una referencia imprescindible. Sostiene esta posición que en los sectores populares habría ya un espíritu de progreso definido. El deseo de los bienes de la modernidad está muy presente y es del todo legítimo, pero puede ser encauzado no como arribismo individual sino como esfuerzo colectivo y solidario. Los elementos que facilitarían este proyecto son varios: la herencia del colectivismo y la reciprocidad andina, la devoción religiosa popular y, finalmente, el espíritu de superación contemporáneo. De esta manera han comenzado a surgir y extenderse organizaciones populares que representan una gran capacidad de autogobierno. Villa El Salvador es el caso más citado. Pero también se nombran los comedores populares y los clubes de madres, fuera, desde luego, de las comunidades eclesiales y grupos parroquiales.

2. En diferentes publicaciones⁵⁾ C.I. Degregori ha planteado que en la mentalidad popular se habrían producido cambios muy fundamentales; el surgimiento de algo así como una "modernidad popular". Debido a la ampliación de la cobertura escolar, las migraciones y la urbanización, se habría extendido el espíritu de progreso. El esfuerzo y la lucha de los pobladores, migrantes recientes, los habría convertido en creadores y "conquistadores de un nuevo mundo", de un espacio urbano donde las identidades y creencias tradicionales son redefinidas. Quedan atrás el disimulo, el conformismo y el espíritu servil; se imponen ahora la confianza y la conciencia de tener derechos. La identidad étnica (indio, cholo) tiende a ser sustituida por una identidad política (ciudadano, vecino). Las expectativas de cambio dejan de ser remotas y mesiánicas, desvinculadas de lo cotidiano, para convertirse en proyectos concretos que se implementan todos los días. "Del mito de Inkarrí al mito del progreso" es el texto donde Degregori sintetiza con más nitidez sus ideas. Incluso el espíritu de las nuevas organizaciones populares tiene poco que ver con la herencia andina. Ellas son "libres

y voluntarias", en tanto la comunidad tradicional aparece como una carga heredada. Ello las hace más eficaces y personalmente más satisfactorias.⁶⁾

Pero para Degregori los sectores populares no constituyen una "infinidad de sectores atomizados". 7) El éxito de la epopeya popular, de la conquista de la ciudadanía y la consecución del progreso y mejores condiciones de vida ha pasado por las "experiencias asociativas" que la crisis fuerza a recrear.

3. Desde una perspectiva fundamentalmente histórica y polémica, Alberto Flores Galindo⁸⁾ ha llamado la atención sobre la permanencia de la cultura andina en los nuevos contextos urbanos. El migrar no implica -necesariamente- una ruptura profunda con la tradición y en el legado andino no habría sólo servilismo e ignorancia sino fundamentalmente los elementos (tecnologías y valores como la reciprocidad) que permiten sustentar un "discurso socialista". De ahí la necesidad de "pensar la tradición desde el futuro".

Para Alberto Flores Galindo habría que ver en la cultura popular un espacio complejo, "abrigando en su interior cosmovisiones contrapuestas y distintos valores. Es el resultado de las creaciones propias de las clases dominadas y de todos los otros componentes asimilados o impuestos por otras clases" (p. 15). Desde luego que las visiones lineales no son pertinentes: lo nuevo coexiste con lo viejo, los valores andinos con las aspiraciones costeñas, el individualismo con orientaciones comunitarias y colectivistas. Un ejemplo citado con frecuencia por este autor son los miles de clubes de provincianos que en Lima permiten reproducir costumbres y tradiciones. En síntesis Alberto Flores G. critica una visión lineal del cambio cultural y remarca la coexistencia, en un grupo social y hasta en una misma persona, de elementos heterogéneos y hasta contradictorios. Ello implica un conflicto pero también una posibilidad: una modernidad diferente, enraizada en la tradición antes que en lucha con ella.

4) En El otro sendero, Hernando de Soto ensaya una tipificación de la mentalidad popular. Desde su perspectiva, el nuevo mundo urbano creado por las migraciones destaca, ante todo, por su afán de progreso. Poco sensibles a las necesidades de este nuevo contingente popular, el Estado y la sociedad formal tratan de cerrarles el paso, excluyéndolos de la institucionalidad vigente. La respuesta de los migrantes fue convertirse en informales, en pequeños empresarios al margen de la ley.

En el mundo popular habría no sólo grandes expectativas de progreso sino también considerables habilidades empresariales que la misma exclusión y crisis estimulen. Llegados a la ciudad, los migrantes descubrieron que "estaban al margen de

las facilidades y beneficios de la ley, y que la única garantía para su libertad y prosperidad estaba finalmente en sus propias manos. Descubrieron, en suma, que tenían que competir, pero no sólo contra personas sino también contra el sistema". (p. 12)

El individualismo y el deseo de integrarse habrían desplazado totalmente a la cultura tradicional. En el mundo popular habría una ebullición de valores empresariales que se plasman en un febril activismo, en la creación de instituciones "que constituyen una alternativa coherente sobre la cual pueden sentarse las bases de un orden distinto que abarque a todos los peruanos". (p. 13)

Las ideas de De Soto son tan categóricas como simples y atractivas. El Estado, los políticos tradicionales y los grupos de poder, creadores y defensores de privilegios, resultan los malos de la película. Los informales son, en cambio, los creadores del nuevo orden liberal, próspero y competitivo. Al menos un mérito se le debe reconocer. Allí donde la izquierda vio sólo a gentes pobres y sufridas, incapaces de valerse por sí mismas, y donde la derecha sólo vio a cholos resentidos, peligrosos pero necesarios, De Soto miró más lejos y se percató de los deseos de progreso y de la voluntad de trabajo evidentes en las capas emergentes del mundo popular. Se le puede reprochar, eso sí, haber absolutizado este factor.

5) Desde una entrada monográfica ⁹⁾ he insistido en la vigencia, en la mentalidad popular, de una concepción del mundo marcada por la magia y la desconfianza frente a la modernidad y sus representantes. También he llamado la atención sobre la persistencia de una identificación étnica que aunque silenciada se encuentra casi siempre presente. Por más que exista un "complot de silencio" en torno al racismo, la existencia de este fenómeno se manifiesta en la baja autoestima y el resentimiento de los despreciados y, por supuesto, en el exclusivismo y fatuidad, pero también en el temor y la culpa, de los dominadores. La democracia es pues más un deseo que una realidad. En la mentalidad popular se entrecruzan elementos de una visión racionalista con los de una visión mágica del mundo. Existe una racionalidad cualitativamente diferente.

6) En un documentado estudio sobre la religiosidad popular en Lima, Manuel Marsal ¹⁰⁾ analiza cómo la "religión popular campesina" se va transformando paulatinamente en una "religión popular urbana": "...este parece ser el camino más transitado numéricamente por los migrantes". La transformación implica una recreación de las fiestas patronales y de los cultos tradicionales. Más decisivamente aún, como en el campo, también en la ciudad sigue predominando una religiosidad basada en el "dios del aquí y del ahora", un dios al que se siente cerca en las dificultades y en los sueños, en los temores y esperanzas. Un dios cercano, cotidiano, que

premia o castiga. Y en estrecho vínculo con la religión subsisten creencias y prácticas que desde una perspectiva racionalista de clase media serían tildadas de mágicas y supersticiosas.

De la revisión anterior puede concluirse que el estudio de la cultura popular es un campo recientemente polémico donde coexisten diversas interpretaciones globales que pueden, seguramente, multiplicar evidencias a su favor. Es necesario por tanto extremar precauciones y evitar simplismos. Pero estos desarrollos de las CC SS: ¿qué modificaciones o matices podrían significar en el panorama del mundo popular trazado por César Rodríguez? Me parece que la contribución sería la de relativizar la idea del sobreviviente como figura única en el mundo popular. De hecho, junto a este personaje observamos al menos otros dos tipos humanos bastante característicos. En primer lugar, los que podemos llamar empresarios o, mejor quizás, "protoempresarios"; se trata de un tipo que ha dado lugar a un estrato en el mundo popular. Una suerte de pequeña burguesía emergente, laboriosa y móvil. Isidro Valentín*, en un trabajo sobre microempresarios, está intentando tipificarlos. Por lo general provienen de familias estables con algún negocio propio o una pequeña propiedad agrícola; son sobre todo andinos y tienen lo que MacClelland ¹⁹⁾ llamaría una "alta motivación de logro". Se proponen metas de mediano y largo plazo, y el trabajo representa para ellos mucho más que un medio, es el eje de su existencia. Pero también tenemos al "desesperado", al joven sin futuro, presa fácil de las drogas y/o candidato a la delincuencia. Con una existencia precaria y marginal, sin los recursos mentales como para ser sobreviviente, menos convertirse en empresario, el desesperado mira al cielo a la espera de un milagro que pueda solucionar sus problemas internos y externos.

Que César Rodríguez tipifique sólo un tipo de mentalidad puede ser resultado de una serie de factores. Arriesgamos los siguientes: el trabajo de investigación se realizó en un pueblo joven muy nuevo y extremadamente pobre. Ciertamente un espacio donde los "protoempresarios" no pueden ser muy numerosos. En segundo lugar, la mayoría de los pacientes fueron mujeres y niños. Parece que en el sector femenino prima la perspectiva del sobreviviente en relación a: a) la del empresario que puede desarrollarse más fácilmente sobre la base de características que como la ambición y la autonomía son sobre todo estimuladas entre los hombres; b) la del desesperado que tiene que ver con la frustración de grandes expectativas que se fomentan más entre los hombres. En tercer lugar hay que mencionar que el ver en el bosque muchos árboles de la misma clase puede haber llevado a César Rodríguez a pensar que sólo hay un tipo de árboles en ese bosque. Más aún cuando el autor no se plantea el problema de la representatividad. Es como si se hubiera asimido la idea de que cualquier caso es representativo de la totalidad. Pasar del individuo al género no reque-

riría entonces de mayores precauciones. Pero cuanto más heterogénea es una población tanto menos legítimo es el procedimiento y al trabajar en profundidad uno o varios casos no podemos llegar a saber si nos hemos topado con excepciones o reglas. Sea como fuere, el hecho es que allí donde César Rodríguez percibe un tipo único y fundamental de mentalidad, los científicos sociales, aunque sin tanta profundidad, perciben varias.

La contribución más importante de Cicatrices de la pobreza es la profundidad del análisis del sobreviviente. No obstante, mucho de este análisis, extremadamente valioso, se encuentra contaminado por prejuicios de clase media. Partiendo de una concepción del individuo como "escenario donde se despliegan las fuerzas sociales", desde una "perspectiva crítica de la sociedad", el autor pretende cuestionar los tópicos de la literatura científica, con su insistencia en que la "indigencia material se transmutaría en pobreza psíquica, en lacra social, forjando personalidades con estructuras yoicas débiles, poco diferenciadas, con restricciones en el código lingüístico y en la capacidad de simbolización." Para el autor, no se trataría de quedarse en una constatación así. Se trataría de "rastrear la génesis de la situación actual en los eventos traumáticos de la infancia" (p. 38) "... y de aprender también las posibilidades contenidas en la socialización para un ulterior desarrollo" (p. 38) Superar el enfoque clínico, concentrado en el diagnóstico, supondría tener en cuenta la historia de vida, y los hechos sociales que la enmarcan, y fijarse no sólo en las limitaciones sino también en las posibilidades.

Hasta qué punto realiza César Rodríguez el programa que se propone es algo sobre lo que volveremos más adelante. Por lo pronto, es necesario volver al sobreviviente. En su caracterización se articulan dos temas fundamentales del libro: el niño adulto y las resistencias al cambio. Estamos ante una persona que no tiene la capacidad para surgir, carece de la eficacia vital que le permitiría convertir sus sueños en realidad. Sus ilusiones son vanas y hasta quizás él mismo las toma poco en serio. Está lejos de la felicidad pero tampoco busca el suicidio, al menos en el corto plazo. Con las justas se defiende.

Según Berman¹²⁾, la figura arquetípica de la modernidad es Fausto, el hombre que se convierte en arquitecto de su vida, que rechaza todo límite y que está en la búsqueda perpetua; todo fin es para él sólo un nuevo comienzo. Y es que vive en un mundo donde "todo lo sólido se disuelve en el aire". Personajes como Fausto fueron los que resignificaron el mundo, ya no como un "orden recibido" sino como un "orden producido". La otra figura arquetípica de la modernidad es el empresario weberiano. Se acuesta pensando en su negocio, sueña con él y se despierta preocupado y con ansiedad por ir a trabajar. Para él, el dinero es sólo un medio, es la demostración de su eficacia, la manera de mantener su buena conciencia. El está

inhibido de los placeres del mundo, es un asceta, su miedo a la condena eterna lo resta o sustrae del disfrute, lo enfrenta a lo sensual.

El sobreviviente está lejos de estas dos figuras. También del hombre tradicional que suele pasar grandes penurias pero que encuentra en la tradición, en un libretto de vida al que apegar-se, la certidumbre que requiere. Así, este hombre tradicional no se siente responsable y frustrado, un pobre en el sentido moderno, es decir un ser potencialmente lleno pero realmente carente, una falla, alguien lamentable. Es decir, proyecto sin realidad, esperanza sin base, dolor sin remedio.

El pobre de hoy en un pueblo joven de Lima es diferente a su abuelo que pudo, por ejemplo, ser peón en una hacienda. El pobre de hoy se sabe probabilidad. La pobreza implica una conciencia dominada por el deseo, poder pero no tener, pensar que en principio se puede ser pero que no se es. Frustración, conciencia trágica, lucha agónica. La posibilidad de ser algo pero aún la realidad de ser nada.

Todo esto apunta a la necesidad de despojar al concepto de pobreza de su inocencia, de su capacidad para subsumir en un mismo saco situaciones muy diferentes. No es lo mismo, por ejemplo, la situación de un vecino en un pueblo joven en el Perú de hoy que la situación de un yanacona en el Perú prehispánico o que la de un esclavo en el Imperio Romano. Puede que los tres pasen hambre y que no tengan cubierta sus necesidades básicas, pero por lo demás su situación es muy diferente. En realidad, el concepto de pobreza a secas tiene sólo sentido desde un punto de vista fisiológico y es entonces poco interesante. En todo caso, la reacción frente a esta condición está marcada por hechos socioculturales. Un campesino en una hambruna puede decidir no hacer nada o sea morir de hambre. El fatalismo y la resignación le impedirán pensar en alternativas, lo consolarán de su miseria. Otro puede dedicarse a la delincuencia o también a multiplicar sus esfuerzos. Lo importante es que el hecho fisiológico no determina las respuestas, aunque sea, qué duda cabe, un factor condicionante.

En realidad, como dice Charles Valentine, "La esencia de la pobreza es la desigualdad ... el significado básico de la pobreza es la privación relativa." ¹³⁾ Aún más, en este sentido la pobreza es una condición moderna, supone la igualdad como hecho posible, la conciencia firme y universal que los seres humanos tenemos las mismas potencialidades; pobre será entonces quien haya realizado muy pocas de estas potencialidades. Quien ha internalizado como fundamento de su autoimagen y autoestima la mirada del rico, de aquel que lo considera como una versión imperfecta de sí mismo.

Bajo esta perspectiva, el pobre sería el hijo o nieto del campesino que trasladado a la ciudad ha perdido mucho de su cultura tradicional, asimilando en cambio, gracias a la escuela

y a los medios de comunicación, la cultura moderna occidental, pero careciendo de los medios económicos que le permitirían acceder a un nivel de vida correspondiente, que le depare reconocimiento social, es decir ser tratado como un igual, como alguien digno de ser estimado y no sólo como proyecto frustrado o inconcluso.

En este último sentido las cosas se complican. La migración a la ciudad no equivale a una ruptura total con la tradición andina y campesina, aunque sí suponga la internalización del modo de vida de la clase media como el bien supremo (casa propia, carro propio, hijos en colegio particular y empleada doméstica). Junto con el campesino llegan a la ciudad creencias (Marsal, Matos Mar), sistemas de parentesco (Golte, Altamirano) que implican una recreación deliberada de muchos elementos tradicionales. Allí está la base para una identidad que no se agote en la idea de carencia, que se afirme en la diferencia, más real que reconocida, respecto a occidente (Alberto Flores Galindo). Por supuesto que nada está aún definitivamente dicho y es muy posible que el legado andino sea liquidado o convertido en mero folklore

Analizando, desde una perspectiva de clase media, entrevistas y biografías de personas de distintos estratos sociales, hay dos hechos que llaman la atención. El primero es la reciedumbre del hombre de pueblo, su pacidad para sobrevivir y sobrellevar acontecimientos de gran efecto traumático que, tendemos a pensar, nos hubieran destruido de ser nosotros los protagonistas. Desintegración familiar, muerte de hermanos, violencia, distancia emocional y falta de cuidado, por mencionar algunas circunstancias típicas y reiteradas. Nos sentimos agradecidos de no haber pasado por eso, también más débiles, y flota en nuestro ánimo un poco de culpa. No tanto porque nuestra suerte sea la raíz de su desgracia, cuanto por haber tenido mucho más oportunidades.

El segundo es la vulnerabilidad de la clase media. Padres que trasladados a un ambiente popular serían normales y hasta amorosos, resultan en la clase media una suerte de ogros que producen en sus hijos traumas de efectos perdurables. Que dan lugar, además, a reflexiones profundas, o al menos reiteradas. A una reflexión que vuelve al hecho que la origina y la estimula y que se pregunta sin cesar sobre la inevitabilidad o la justicia del acontecimiento y que no se termina de resignar de manera que la herida permanece abierta. En los sectores populares, siguiendo con esta reflexión tendríamos, como en los héroes de las tragedias griegas, más pena que dolor. La conciencia de la desgracia como algo pasado que no se puede cambiar engendra un sentimiento finalmente más comprensivo, menos torturante y más llevadero. Hubiera sido mejor que las cosas ocurrie-

ran de otra forma, pero no hay vuelta de hoja. Kierkegaard diría que hay pesar pero no dolor, sufrimiento cicatrizado pero no herida abierta.

En la socialización popular, grandes traumas no parecieran generar efectos de importancia. En las clases medias, situaciones mucho menos conflictivas parecen estar en la base de grandes conflictos, de vidas destruidas. La observación requiere de una explicación múltiple. Un primer hecho de importancia se refiere a que en los sectores populares es mucho más improbable que se admita la existencia de un conflicto interior. Las complicaciones mentales tienen muy poco prestigio y el paciente o entrevistado se esforzará en explicar su sufrimiento como resultado de alguna enfermedad o hecho objetivo, desde problemas familiares o de trabajo hasta el maleficio de algún vecino o enemigo. La "negación del conflicto", la reafirmación angustiosa de una supuesta normalidad, implican una huida del mundo interior, de sentimientos incontrolables y amenazantes. Esta negación tiene que ver, sin embargo, sobre todo, con elementos culturales. El vocabulario con el cual pensar el mundo interior es reducido y las concepciones espontáneas sobre la dinámica de este mundo tienden a ser muy simples y enfatizar una suerte de omnipotencia de la voluntad o, en todo caso, un esencialismo en el cual las explicaciones últimas de la conducta se encuentran en propiedades inmutables, casi biológicas, de la personalidad. Se oscila entre explicaciones que remarcan la culpa y la responsabilidad, y otras donde la fatalidad de un destino inscrito en la biología aparece como inapelable.

La escasa "conciencia de conflicto" debe relacionarse con una cultura donde la "dureza" aparece como un valor supremo y la debilidad resulta síntoma de homosexualidad, anuncio precoz de una vida que será aplastada por los más fuertes.

Desde la perspectiva psicoanalítica de César Rodríguez, la débil "conciencia de conflicto" tendría que ver con las "dificultades para la elaboración" y la "fragilidad yoica", con el hecho de que la gente pobre tiene un espacio interno muy reducido en el cual puedan ellos procesar las circunstancias sociales y las demandas instintivas. La búsqueda de sentido, la posibilidad de comportamientos deliberados es entonces reducida y se tiene entonces que la "distancia entre el conflicto intrapsíquico y la conducta actual es pequeña". (p. 78)

Pero esta perspectiva no toma en cuenta que la relación que una persona pueda tener consigo misma está mediada por la sociedad y la cultura a la que pertenece. El racismo puede servirnos como ejemplo para introducirnos al tema. Supongamos que tenemos el pelo rubio y los ojos azules. Por este mero hecho vamos a ser objetos de una devoción muy especial. Admirados y preferidos. Es obvio que esta situación va a repercutir en una mayor seguridad personal, en un vivirse como

persona atractiva y deseada. Supongamos ahora que somos bajos, oscuros y de pelo lacio. Cholos. La situación va a ser muy diferente. Estos rasgos no son cotizados. Las hermanas de nuestros amigos van a preferir a los blancos y nosotros preferiremos a las rubias antes que a ellas. Ello va a afectar nuestra seguridad personal. Nos sentimos cuestionados.

La cultura en el mundo popular prepara para el sufrimiento de manera de atenuar su efecto desestructurante, de amortiguar su impacto. De otra manera no podría entenderse cómo los hombres y mujeres del mundo popular pueden resistir acontecimientos que en otros contextos llevarían probablemente a la locura. El hecho importante es que se enseña al niño a esperar poco de la vida, y a ver en la frustración y la violencia fenómenos naturales que no tienen por qué llamar la atención. Ocurre en todas partes y no hay nada de qué quejarse.

En los sectores medios, la situación es muy diferente. En los estratos más cultos, la conciencia de conflicto puede llegar a ser abrumadora. Lejos de condenarse, la conflictividad es aprobada, de modo que puede resultar hasta de buen tono confesar una neurosis, por supuesto, moderada. La sensibilidad no es satanizada y hasta puede que se la cultive. La "dureza" no tiene tanto valor y el margen para el juego y la fantasía es mucho más amplio. De otro lado, el niño tiene mucho prestigio y su vida se desarrolla a la sombra de grandes expectativas, de una promesa de felicidad. No es gratuito que en este marco un conflicto tenga un impacto mucho mayor. Al niño se le hace pensar que papá y mamá se deben amar y respetar y tener hijitos lindos. Todos deben quererse y ser unidos. Si el niño ha internalizado este cuadro de expectativas como lo normal, lo que es justo y debe ser, entonces si papá llega mareado a casa y le pega a mamá, el niño no va a entender lo que pasa y el efecto del acontecimiento será mucho mayor. A todo ello debe agregarse la importancia del psicoanálisis como lenguaje para hablar acerca del mundo interno y, por supuesto, como conjunto de concepciones que subrayan las dificultades pero también la posibilidad de algo así como la armonía interior y la felicidad.

La concepción a la que se llega es que la mayoría de las personas en el mundo popular no serían individuos en el sentido moderno; esto es, personas capaces de trazarse metas y construir un destino a la medida de sus aspiraciones. Pero, de otro lado, las costumbres y la tradición no tendrían ya la autoridad incuestionable de la que antes gozaron. Entre un mundo perdido y uno que no se acaba de ganar. Tal parecen ser las coordenadas del individuo popular en la Lima de hoy.

Pero quedarnos aquí sería dar la sensación de que la modernidad representa una solución auténtica y definitiva a los problemas de la existencia. Y ciertamente no lo es. El tema es muy amplio pero al menos se puede decir, como señala Hannah Fenichel¹⁵⁾, que tan pronto nos hemos liberado de los compromisos impuestos y de la dependencia frente a la naturaleza, nos venimos a dar cuenta que ya nos hemos olvidado para qué queríamos lo uno y lo otro. Nuestros logros tornan a dios prescindible y la "muerte de dios" nos deja solos en un universo donde han desaparecido los sentidos pero no la necesidad de buscarlos.

Volvamos ahora al análisis del sobreviviente. "Las condiciones de vida signadas por la pobreza y sucesivos traumas son el caldo de cultivo en que germinan personalidades que recurren tempranamente al desarrollo de "estrategias de supervivencia". Estas parecen configurar una suerte de carácter del poblador peruano de los sectores populares actuales, de manera que la generalización cada vez mayor de estos rasgos de personalidad, dificulta el reconocimiento de sus orígenes defensivos ... mediante el recurso a mecanismos de defensa regresivos se intenta mantener un sentimiento de sí mismo, suficiente para la preservación del yo (para impedir procesos de desestructuración yoica mayor)" (pp. 40-1)

"... estrategias de supervivencia que constituyen deformaciones de la personalidad opuestas a la autonomía, sin la cual no puede aspirarse al desarrollo de formas de solidaridad. Pareciera que las familias necesitaran reagruparse, volverse a consolidar, a formar un grupo solidario. Nos parece peligroso concebir esta imagen sólo desde una única perspectiva positiva; debemos tomar en cuenta las alianzas coyunturales, las estrategias comunes de supervivencia donde se utilizan unos a otros, y las relaciones humanas en estos contextos de extrema pobreza son cada vez menos generosas, cada vez más mezquinas."

Palabras duras que sitúan a César Rodríguez en las antípodas de los planteamientos del "protagonismo popular". Allí donde algunos ven solidaridad, Rodríguez percibe pragmatismo; donde ven posibilidades de organización y construcción de proyecto, él percibe uso mutuo en función de una defensa individual o, en todo caso, familiar. La imagen final es la de un país en crisis, "de una sociedad eminentemente conflictiva, convulsionada, casi en estado de descomposición". (p. 14)

El precedente más importante del esfuerzo de César Rodríguez es el trabajo de Humberto Rotondo, Estudio de la familia en su relación con la salud (UNMSM 1970). Aunque con

una concepción teórica y una metodología diferentes¹⁴), Rotondo llega a conclusiones bastante similares. Su caracterización del "cholo emergente", el protagonista de las migraciones, está centrada en el "síndrome de pesimismo oral", una posición depresiva originada en la falta de cuidado y afecto. Ella implica que en su ánimo la baja autoestima y los sentimientos de desarraigo y orfandas son los dominantes. Sus actitudes están marcadas por el conformismo, el encausamiento de su agresividad hacia la mujer e hijos. (p. 76)

Pero es sintomático que la recapitulación final, muy negativa y pesimista (una suerte de "jaula de barro", para usar una expresión de Guillermo Nugent), no tome en cuenta elementos antes avanzados y realmente muy esperanzadores. "El trabajo es para todos ellos (los mestizos) un valor cardinal, con la particularidad de que en muchos termina por ser visto como un fin en sí mismo. Muchos cholos tienen claramente una orientación pragmatista y se rigen por valores de tipo económico, colocando en un segundo término todo lo demás" (p. 61) "Ven en esta tendencia ... un mecanismo de defensa frente a la inseguridad y al problema del 'status social' " (p. 57)

Otro tanto sucede con César Rodríguez. El retrato de la mentalidad popular que nos brinda está dominado por el gris y el negro, y apenas hay algunos puntos en los que se insinúa débilmente una esperanza.

Investigando sobre el significado de la palabra cholo, Ana Lucía Cosamalón* pidió a escolares de cuatro colegios distintos que pusieran por escrito las cinco primeras palabras que se les venían a la mente cuando la escucharan. Las palabras fueron clasificadas según el tema a que aludían (constitución física, valoración estética, costumbres, nivel cultural, ocupación, actitud hacia el trabajo). Ni que decir que las asociaciones fueron casi todas con términos negativos: ignorante, feo, sucio, serrano, triste, son los que más aparecieron. No obstante, en este concierto de denigraciones y lamentos, surgieron también dos elementos positivos: recio y trabajador. Recio en el sentido de curtido. Pero trabajador en el sentido de laborioso y pujante, poseedor de una gran voluntad, capaz de una estricta disciplina.

Es como para recordar a Hegel y su idea del trabajo como el camino a la autoconciencia: "La verdad de la conciencia independiente es, por tanto, la conciencia servil ... la servidumbre como conciencia retraída dentro de sí, se adentrará en sí misma y se invertirá para convertirse en verdadera independencia ... es precisamente en el trabajo donde adquiere su sentido propio, mediante este reencuentro de sí consigo mismo, cuando allí sólo parecía tener un sentido extraño".¹⁵) De alguna manera los sectores populares saben que esto es cierto.

La actividad y el trabajo, esa es su apuesta. Claro que la coyuntura actual es poco propicia para que estos valores se traduzcan fluidamente en comportamientos. La escasez de oportunidades, la reiteración de frustraciones, debilitan esas actitudes. Pero no las hace desaparecer. De manera que están ahí como una reserva. Lo que tiene aún que definirse es hasta qué punto ese esfuerzo será estrictamente individual o será permeable también a los valores de solidaridad y cooperación. Igualmente queda por ver hasta qué punto el legado de la tradición marcará la nueva cultura por crearse hoy en el Perú. Si serán incorporados o desechados costumbres, valores y creencias que han sido afanosamente producidos durante siglos en este país y que constituyen, para bien o para mal, la base de nuestra originalidad.

Hay muchos temas que Cicatrices de la pobreza no aborda, o lo hace sólo tangencialmente. Por mencionar algunos: racismo, actitudes hacia el trabajo, machismo. Sea como fuere, las contribuciones de César Rodríguez se sitúan sobre todo en la reconstrucción del proceso socializador en el mundo popular y en el tratamiento de las "resistencias al cambio", capítulo que viene a significar un análisis de la mentalidad del sobreviviente.

El balance del libro es por supuesto muy positivo. Ninguna investigación sobre el mundo popular ha tenido como base un trabajo de campo tan detenido; ninguna, tampoco, ha usado tan sistemáticamente el Psicoanálisis. Ello explica la profundidad de su exploración, que constituye una suerte de camino a transitar para entender el "Perú hirviente de estos días ... "

Notas

- 1) César Rodríguez Rabanal, Cicatrices de la pobreza, Ed. Nueva Sociedad. Caracas 1989.-
- 2) Constituido por los siguientes integrantes: Alejandro Ferreyros, Marga Sthar, Marisol Vega, Patricio Checa, Ilse Rehder.
- 3) Con riesgo de omitir a algunas personas señalamos a las siguientes: Juan Ansión, Alberto Flores Galindo, Guillermo Nugent, Imelda Vega Centeno, Walter
- 4) Ver De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento. Ed. Siglo 21, México.
- 5) Ver sobre todo "Del mito de inkarrí al mito del progreso" en Socialismo y Participación, Nov-dic. 1986. También Conquistadores de un nuevo mundo (C. Blondet, N. Lynch)

- 6) Ver Sólo organizados podemos vencer, p. 21. Ed. Ser. Lima 1989.
- 7) Conquistadores de un nuevo mundo, p. 295. Ed. IEP, Lima.
- 8) Ver de este autor , "Los caballos de los conquistadores, otra vez" en Tiempo de plagas. Ed. Caballo Rojo. También el prólogo al libro de Carlos Arroyo, Encuentro. Lima 1989.
- 9) Ver de Gonzalo Portocarrero (en colaboración con Isidro Valentín y Soraya Irigoyen) Los sacaojos: crisis social y fantasmas coloniales (por aparecer en Mosca Azul). También "La cuestión racial: espejismo y realidad".
- 10) Manuel Marzal, Los caminos religiosos de los inmigrantes en Lima. Ed. Univ. Católica. Lima 1988.
- 11) Ver de este autor, The Achieving Society. Ed. Van Nostram, N.Y. 1961.
- 12) Ver de Marshall Berman, Todo lo sólido se desvanece en el aire. Ed. S. 21, México 1988.
- 13) Charles Valentine, La cultura de la pobreza: crítica y contrapropuestas. Ed. Amerralter, Buenos Aires 1972. P. 24.
- 14) Rotondo es ecléctico desde el punto de vista teórico; en su perspectiva se sintetizan aportes de la Psiquiatría, la Psicología Social, la Antropología y la Sociología.
- 15) Hannah Ferndel, Wittgenstein y el predicamento de la modernidad. Madrid.
- 16) Citado por E. Bloch, Sujeto y objeto en Hegel. Ed. FCE. México. P. 83.

* Isidro Valentín y Ana María Cosamalón son integrantes de Tempo (Talleres de estudios sobre las mentalidades populares) que funciona en la Facultad de CC SS de la Universidad Católica.